

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura

Arte y marginalidad



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura

Número 19/ ISSN 0124-8308 / E-ISSN 2981-359X

Phoenix: Literatura, Arte y Cultura es una publicación de carácter académico, crítico y de creación literaria que busca generar nuevos acercamientos a la cultura por medio de la palabra escrita y la ilustración. La mayoría de sus integrantes hace parte del pregrado en Estudios Literarios de la UNAL.

Contacto del grupo

phoenix_bog@unal.edu.co
facebook.com/literaturaphoenix
instagram.com: @literaturaphoenix
issuu.com/revistaphoenix

Contacto PGP

proyectoug_bog@unal.edu.co
3165000 ext: 10661-10662
Facebook/gestiondeproyectosUN
Instagram: @pgp_un
issuu.com/gestiondeproyectos

RECTORA

Dolly Montoya Castaño

VICERRECTOR

José Ismael Peña Reyes

DIRECTORA BIENESTAR SEDE BOGOTÁ

Yuly Edith Sánchez Mendoza

JEFE DE DIVISIÓN DE

ACOMPañAMIENTO INTEGRAL

Zulma Edith Camargo Cantor

COORDINADOR

PROGRAMA GESTIÓN DE PROYECTOS

William Gutiérrez Moreno

DIRECTORA BIENESTAR

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Eucaris Olaya

DECANO FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Carlos Guillermo Páramo Bonilla

EQUIPO EDITORIAL

DOCENTE QUE ACOMPAÑA Y AVALA EL PROYECTO

Patricia Simonson

Coordinación

Nicolás Guinard López

Pre-Edición

Catalina Hernández Guana

Juan Nicolás Galindo Mantilla

Laura Fernanda Córdoba Gaitán

Nicolás Guinard López

Sebastián Alfredo Gómez Ángel

Ilustraciones

Lucía Valentina Rayo Rodríguez

Más sobre la propuesta artística en

<https://youtu.be/7ZxIGZsykqI>

Corrección de Estilo

Diana Consuelo Luque Villegas (PGP)

Diseño y diagramación

Equipo de diseño PGP

Universidad Nacional de Colombia

Cra 45 No 26-85 Edificio Uriel Gutiérrez

Sede Bogotá

www.unal.edu.co

El material expuesto en esta edición puede ser distribuido, copiado y expuesto por terceros si se otorgan los créditos correspondientes. Las obras derivadas del contenido del presente volumen/número deben contar con el permiso del (de los) autor(es) de la obra en cuestión.

No se puede obtener ningún beneficio comercial por esta publicación.

Las ideas y opiniones presentadas en los textos de esta edición son responsabilidad exclusiva de sus respectivos autores y no reflejan necesariamente la opinión de la Universidad Nacional de Colombia.

CONTENIDO

Prólogo	06
----------------	----

Patricia Simonson

Poesía

Margen y minoría aparte	10
--------------------------------	----

Ingrid Natalia Pérez Jaimes

Mendigo	12
----------------	----

Alexander Aldana Piñeros

Pasajera	13
-----------------	----

Jimmy Alejandro Aldana Casas

Encuentros	14
-------------------	----

Julio César Plata Rueda

Circunstancia	14
----------------------	----

Julio César Plata Rueda

Más allá, lo mismo	15
---------------------------	----

Julio César Plata Rueda

El puente y el botón	16
-----------------------------	----

María Alejandra Garcés Isaza

Narrativa

e e efráin ————— 20

Javier Micán Rodríguez

Nos corre la hoguera ————— 22

Ana María Cárdenas Quimbayo

Yo solo vendo juguitos ————— 24

Felipe Rodríguez Enciso

Las mieles de la libertad ————— 30

Catalina Hernández Guana

Ensayo

El extraño caso del *mainstream*
del superhéroe moderno ————— 36

Juan Nicolás Galindo Mantilla

Prólogo

Patricia Simonson

La revista estudiantil *Phoenix: literatura, arte y cultura* nació en la Universidad Nacional de Colombia hace más de veinte años, como un espacio de expresión artística y crítica para sus creadores, un grupo de estudiantes de las Facultades de Artes y de Ciencias Humanas (aunque, por supuesto, sus páginas también han acogido a estudiantes de otras facultades y universidades, y de vez en cuando a profesores, invitados por el comité editorial). Durante años, de una generación a otra, esta revista se destacó como uno de los pocos espacios donde nuestros estudiantes publicaban sus poemas, cuentos y creaciones gráficas, al lado de ensayos de crítica literaria y artística. Me pregunto si sus fundadores originales no escogieron el nombre de la revista por alguna intuición profética: *Phoenix*, a pesar de múltiples interrupciones, debidas en buena parte a los inevitables cambios generacionales de toda revista estudiantil, siempre ha renacido de sus cenizas para seguir cumpliendo con su misión cultural. La última interrupción —casi cuatro años— fue la más larga de su historia; no es una casualidad que ese intervalo comprendiera los dos años de extraña vida paralela, entre confinamiento físico y realidad virtual, que llamamos “La Pandemia” (y cuya marca se puede ver en este número en el último cuento de la sección de narrativa, irónicamente titulado “Las mieles de la libertad”).

Hoy, enhorabuena, y gracias a un nuevo equipo de jóvenes creativos y valientes —dispuestos a aventurarse sin temblar en la selva burocrática de la universidad y a enfrentarse con sus temibles formularios administrativos— *Phoenix* renace de nuevo, ojalá para mucho tiempo.

El tema de este número 19 es la marginalidad. Si bien es un tema siempre candente en nuestras sociedades, su relevancia no ha hecho sino aumentar, dolorosamente, a lo largo de los últimos dos años. Esta marginalidad atraviesa todos los espacios representados en el volumen —incluyendo, por supuesto, los dibujos de Lucía Rayo, que dialogan de manera muy sugestiva con los textos— y da vida a los personajes que habitan sus poemas y cuentos: habitantes de la calle, vendedores ambulantes, miembros de la comunidad LGBTQI, la madre de una hija desaparecida por agentes del Estado, o el preso que sale de la cárcel solo para ingresar a la

otra cárcel, más insidiosa, del mal llamado confinamiento “sanitario”. En estos textos, hasta las cosas hablan, como ocurre con el diálogo entre el puente y el botón en el poema de María Alejandra Garcés, donde la personificación de los objetos no puede sino evocar la correspondiente cosificación de las personas por los efectos del desespero y la miseria. Otra cara de esta deshumanización del marginal la encontramos en el cuento “e e efraín”, de Javier Micán, cuyo lenguaje fragmentado refleja la degradación de su narrador; el cuento nos muestra, con humor feroz, que hasta el indigente más humillado puede ser tan clasista como cualquier “oligarca”.

En esos escenarios aparecen en todas partes las mujeres, única población del mundo que, a pesar de ser casi mayoría, sigue siendo, en todas las sociedades, una “minoría” discriminada y expuesta. Entre los muchos espacios, principalmente urbanos, por los cuales deambulan todos estos personajes desamparados, también se asoma el cambuche a orillas de la quebrada, cuyos pobladores —una madre y su hijo— viven a merced de la creciente, como lo sugiere bellamente el poema “Circunstancia”, de Julio César Plata: “Una noche de lluvia/ desbordó el sueño del río...”.

El último texto del número es el ensayo de Juan Nicolás Galindo, quien asume el riesgo de ser marginal —justamente— en relación con el resto del volumen, al tratar sobre la dialéctica ambigua entre centro y periferia en las películas de superhéroes de Marvel. Lo que el autor llama el “Universo cinematográfico de Marvel” parece bastante alejado de los barrios populares de ciudades colombianas donde parecen ubicarse la mayoría de los otros textos del número. El ensayo resalta, sin embargo, la forma en que varios personajes clave del mundo de los *Avengers* representan una marginalidad social, sexual o racial que revela las fisuras subyacentes a la industria cultural norteamericana y nos permite intuir una complicidad secreta entre ellos y muchos de los personajes del volumen.

Con este nuevo número de *Phoenix*, regresa una de las voces imprescindibles de nuestra comunidad estudiantil. Me alegra darle la bienvenida.

POESÍA

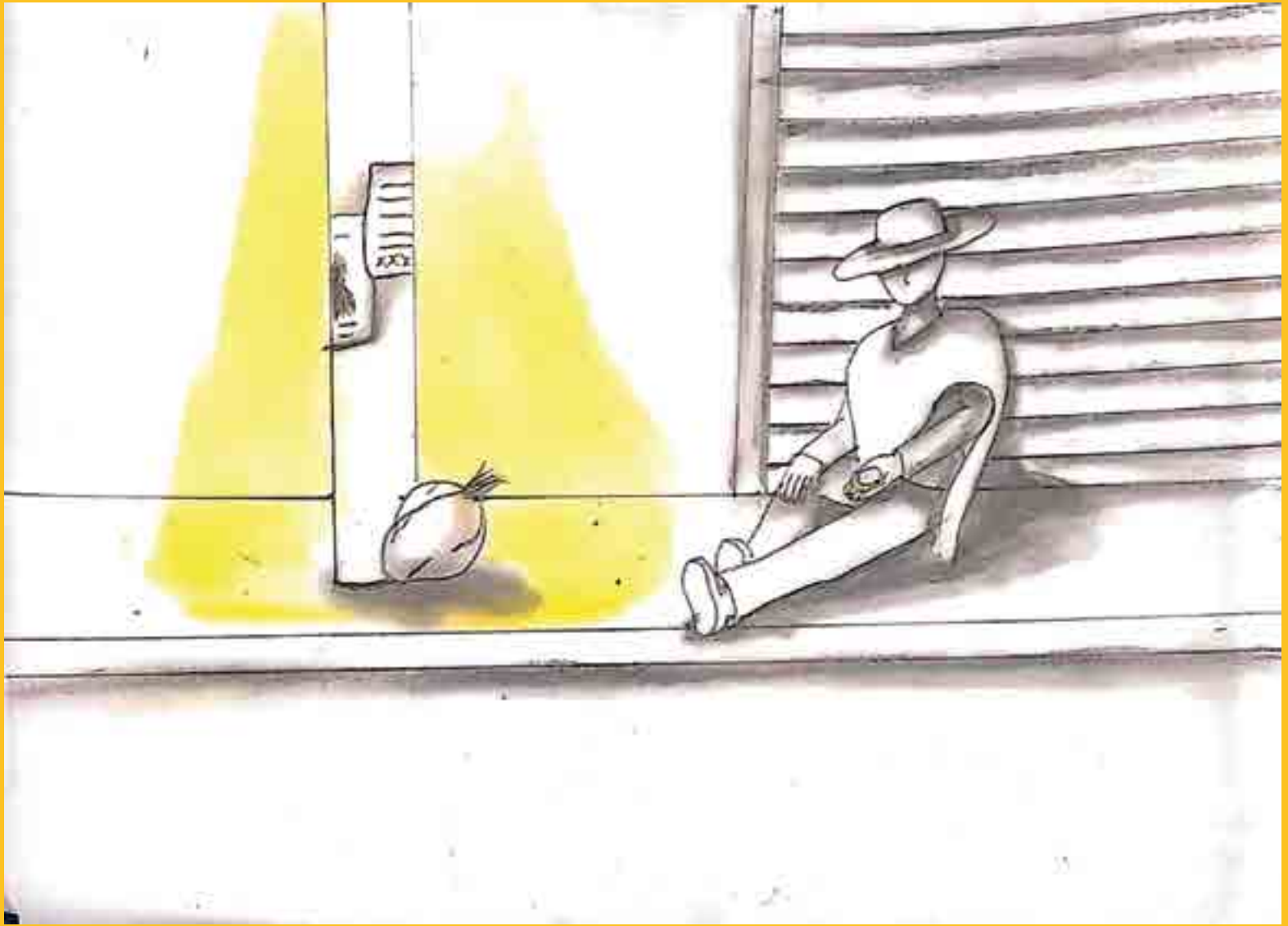


Imagen: *Olvido u olvidó*, Lucía Valentina Rayo Rodríguez, 2022

Margen y minoría aparte

Ingrid Natalia Pérez Jaimes

Porque vivimos en un mundo que tiene varios en realidad, donde hay primer mundo y tercer mundo, y todo empeora en los números de atrás, y estamos tan divididos que ni los matemáticos lo podrían explicar.

Porque da miedo ser quien eres cuando sientes la amenaza de la muerte caminándote detrás.

Porque has sentido el rechazo de tu madre por haber parido una mujer, porque te ha dicho que un niño es más fácil de cuidar y que tú corres peligro solo por respirar.

Porque has recibido la paliza de tu vida por enamorarte de alguien que para ellos se ve igual, aunque cuando estás enamorado, solo ves el esplendor de cómo no se parece a nadie más. Porque has sido marginado por llevar ropa, maquillaje y brillo que ofende a los demás, y al final la pintura se ha corrido con las lágrimas que dejas caer por el camino que te abres para poder escapar.

Tal vez es por eso que no te gusta la gente, porque te trata como extraterrestre, pero te exige que patentes lo diferente.

Porque te has sentido más pequeño e insignificante cuando te obligan a poner las manos al frente, porque tu piel, tus ojos y tu cabello te ponen en la lista de delincuentes.

Porque el desgaste de tu ropa hace que corran los tacones caros y que los carros aceleren, porque la falta de comida en tu cuerpo es el estereotipo de un abstemio que ya no puede.

Porque cuando querías sentirte libre y que no te encasillaran, te llamaron con un pronombre que te incomodaba, y cuando quisiste aclarar tu inconformismo, te llamaron adefesio, te condenaron al infierno y al sufrimiento en el fuego eterno. Hablando de creencias que resultan tan valiosas, o al menos eso es lo que dicen; porque cuando extendiste tu tapete, te llamaron terrorista; cuando cruzaste las piernas y amaste a la naturaleza, te llamaron yonqui de mala vida; cuando dijiste que no creías, ellos escucharon que el diablo se asomaba de la esquina.

Por eso es que terminas tan rendido luego de un largo día; porque en vez de vivirlo, te pasaste defendiendo lo que eres cuando deberías tan solo pasar frente a ellos sin sentir que pueden quitarte la vida.

Mendigo

Alexander Aldana Piñeros

Yo también soy un mendigo,
indigente por mi propia infamia.
La herida que me estalla el alma
la paseo por las calles diariamente,
pero sigo sin poder burlarla.

Yo también soy un mendigo,
esperando la moneda, la limosna
que la fortuna lance.
Que entre lágrimas de cielo y frío
vivo cada día como un trance.

Yo también soy un mendigo,
harapienta el alma y maloliente,
que con desechos de otros sobrevivo,
entre vicios y maldecir la suerte.

Un mendigo: mandé todo al demonio
y a costas ando con mi desamparo voluntario,
siempre triste, siempre solo, siempre loco;
a veces acompañado, apenas, por algún perro horrendo y anodino.

Pasajera

Jimmy Alejandro Aldana Casas

Tras su boca de sonrisa asimétrica
(diente, hueco, diente, hueco)
Todos los dientes a golpe de serrucho
o acaso a golpe de Ciudad
asoman tres palabras de marcado fulgor:
hambre, calle, dolor.
Ella las conoce mejor que nadie.
Muestra en sus rodillas,
en sus brazos,
debajo de sus senos
las marcas del cuchillo,
del fuego y de la bala.
Tristes ofrendas que la Ciudad erige
para los habitantes de la noche.
En sus ojos, que brillan
entre nidos de arrugas
palpita un animal que no sabe esperar.
Ella nos dice sin pudor y sin orgullo:
todos van creciendo como palmeras
y van cayendo como cocos.

¿Qué deparas Ciudad
para aquellos que como ella
no conocen nada más que el caer?
Vinieron al mundo como una moneda
que pasa de mano en mano
que la lluvia y los soles herrumbran.
Vivir, para ellos, es la victoria
que nunca pretendieron.
Muchos aseguran que lo ignoran todo.
Ella bien nos recuerda
antes de bajarse en la estación siguiente
aquello que olvidamos jornada tras jornada:
La única condición para morir
es el estar viviendo o malviviendo:
da lo mismo.

Encuentros

Julio César Plata Rueda

Un grito le responde a otro
la noche agoniza en las esquinas
hay quien se arrastra
hay quien logra escapar
el cuerpo que queda
es solo la muestra
del encuentro con la muerte.

Circunstancia

Julio César Plata Rueda

Una noche de lluvia
desbordó el sueño del río
la casa sostenida en el aire
el llanto que desestabilizó las bases
un niño nace dentro del agua
y crecerá cerca del fuego
la madre no pudo conocer otro invierno
ni el niño otra vida.

Más allá, lo mismo

Julio César Plata Rueda

Cualquier lugar
es un lugar común
para la catástrofe

más allá del árbol
de la sombra de algún pájaro extinto
de la calle
de la soledad y concurrencia de la calle
de esa dicotomía peligrosa
del pavimento con huecos existenciales
de los que pasan y no (te) conocen
del desconocimiento de la humanidad ante la humanidad

más allá de cualquier accidente
robo o incendio.

El puente y el botón

María Alejandra Garcés Isaza

Se hallan entre los marginales,
marginados, marginadísimos,
gentes, palabras, momentos,
memorias y aun objetos.

Relacionarse con los humanos,
es necesidad, es capricho.
Servirlos y acompañarlos:
la peor forma de perder el tiempo.

Si entre ellos se condenan,
se pisan, se desgastan y explotan,
¿qué podemos esperar nosotras
las mal llamadas cosas?

Una noche en tal discusión
hallábanse un puente y un botón.
Decía el puente lo siguiente,
quejumbroso en son de protesta:

“Se le va al hombre la vida
en denostar de los puentes,
que ellos mismos construyen,
¿le parece a usted prudente?

Nosotros, puestos a su servicio,
prestos a darles el paso.
Y aun así he escuchado a
un padre decir a su hijo:
—A vivir bajo un puente
tendrás que ir, si no quieres obedecerme—.

Pensé yo entonces que vivir
bajo el refugio de un puente
no resulta ser tan mala idea,
si el desdichado se arma de paciencia.

Prestamos abrigo al hombre a quien
en la calle, oscuridad y cansancio acechan.
Y más de una pareja de enamorados
se ha detenido bajo un puente
a darse un beso apasionado.
O desde el puente a mirar al horizonte,
a lanzar una moneda, una promesa
al río caudaloso; a dejar por escrito
las iniciales de sus nombres,
o a sellar el amor con un candado.
Los perros callejeros
también bajo los puentes se
detienen cuando la lluvia los atrapa
en su andar constante y lento.

Tantos bienes presto, pero
resulto ser lo peor del mundo.
La culpa no es mía, del puente.
Que se revisen los humanos primero
en su mezquindad hacia ellos mismos,
y hacia nosotros,
los marginados puentes.

¿Qué sería de un río sin un puente?
El mar Rojo sin Moisés abriendo paso.
Y, en estas moles de cemento,
el Caos sin Zeus que lo ordene”.

“De acuerdo con usted,
señor puente”, replicó
el botón con actitud decente.
“Míreme a mí:

Botones somos muchos,
así como hay muchos puentes.
Pero, más abundantes que ustedes,
no hemos corrido con mejor suerte.

Ayer me encontró un joven
en la calle de enfrente. Verá usted
la indiferencia con la que de una patada
me hizo volar el indolente.

¿Qué le costaba recogerme?
Tal vez a algún suéter suyo falta hiciese.
Présteme atención, a lo que
tengo que contarle, señor puente.

Alguna vez quien fue mi dueño
me llevó muy lejos, a la periferia.
A las casitas de colores que
muy arriba usted divisa.

La gente allí vive sin techo, sin
abrigo, sin botones y sin puentes.

Mientras que otros en sus amplias casas
y altos edificios, no saben lo que tienen.
Viendo todo aquello, me sentí
a ese lugar perteneciente,
compartiendo su misma condición.

Como si hubiera adivinado mi destino,
un día, de repente,
fui a dar al bote de la basura
sin ninguna explicación.

Así son los humanos, se deshacen
de todo lo que consideran nada,
sin gratitud y sin gracia.
Allí empezó mi vida de marginado.
Como venimos diciendo:
Si entre ellos se tratan
unos a otros con tamaña repulsión,
¿qué puede esperar un pobre botón
al que un débil hilo
en el mundo ha abandonado?
Amigo puente,
dígame usted si no tengo razón:

¿Qué es una camisa sin un botón?
Dígame si no es Troya sin Helena,
y Orlando enamorado,
pero sin amor”.

“Hagamos silencio”,
dijo el puente.

“Que alguien viene, y fíjese amigo
lo que después estarán comentando:
haber escuchado a un puente
y a un botón,
de madrugada conversando”.

NARRATIVA



Imagen: *Fragmentos de memoria I*, Lucía Valentina Rayo Rodríguez, 2022

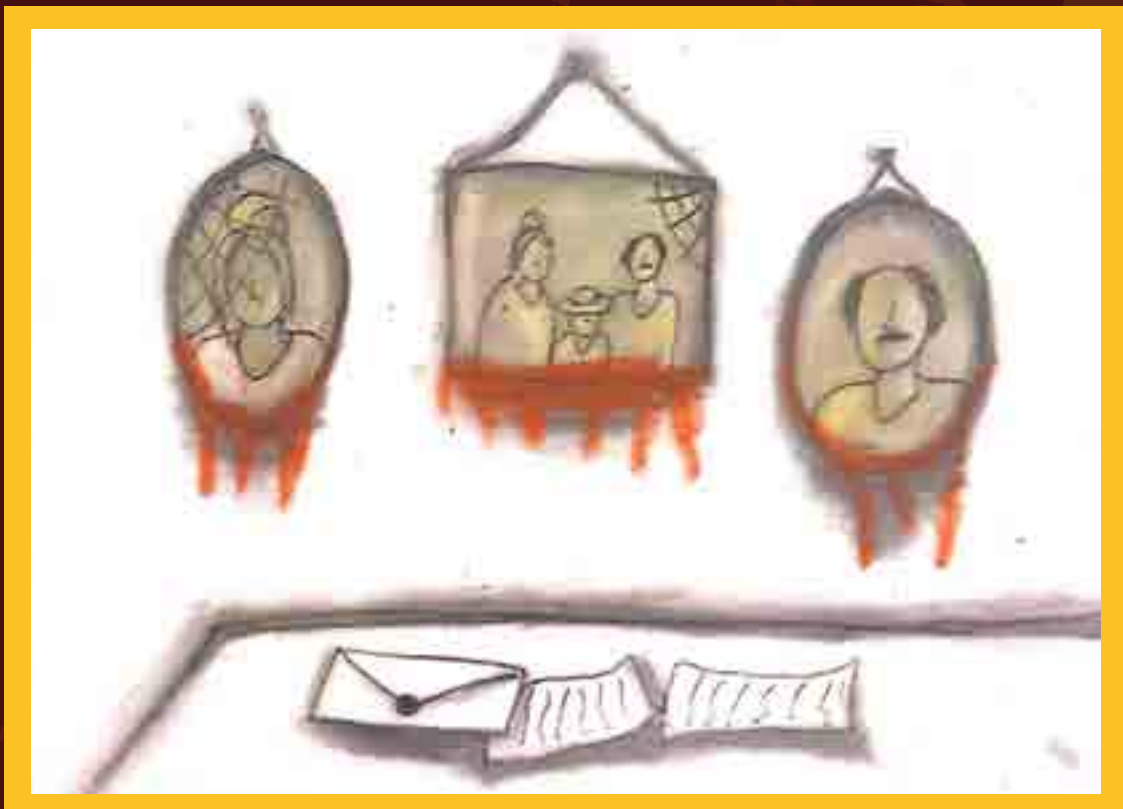


Imagen: *Fragmentos de memoria II*, Lucía Valentina Rayo Rodríguez, 2022

e e efraín

Javier Micán Rodríguez

ja ja ja y y
y mire que mire que una vez esta taba estaba el tu tuurbay en el zoloco
en el zoológico y y le pre le pre le preguntó a su su guarda es espaldas que qué
animal es ese
y y el guardaes espaldas le dijo loi loi lo iggnoro doctor lo ignoro doctor
y el tu tuurbay dijo es es un loignorito mu muy bo bonito ja ja j aja
essos son loscu loscu los cuentos del e e efraín
ques ques que es que es co co como el siete el siete el sietecolores
de esos ni niños cra caraa carasucias
el qqq que vi vive en la casa de bos bosconia
y que an anda es co corre corree correteando a los ni niñatos ago ago agogo
ja ja ja
como lavez la vez que que llego corrrr corriendo uno uno un oficial a la o o
oficina
del tu tuurbay y le dice
doctor tu tuurbay mama mataron aso aso a somoza
y y el tu tuurbay dice aaahh qqq que importa ta yyy yo me co consigo o o otra
ja ja ja
pe pero el chinche es bienn y y a mi hay ve veces queme que me re regala
de la pata de la plata queque le chalequea le chalequea a
los o o olio li oligarcasss de de la séptima
él dice que es pa parara para de de devaluar el do do dólar
y y po poneren poner en ccc cri cri crisis a la banca mu mundial
que quel que el va a se ser presi presi presidente de coco
coco Colombia
y y y va apa apa a apagar todas las pe penas de la gente
pe pero que prrr primero to toca tumbar altu altu al tuuuurbay por li li liberal
queso que eso es lo lo que u u ubiera e echo el siete el siete el sietecolores

alma be benndita yse y se pe persigna pe pero dicien dicindo diciendo
enel en el no nombre delll pa padre del hijo y de lapu lapu la puta que pa parió
al
tu tuurbay
ja j aja ja
esque es que an anda como coco como corrido de la tejija
coco como eltu el tuurbay que esta estaba con lani con la nidia
en lapa en la en la plaza de bo bolívar y lle llega unapa una paloma
y se caga en en encima deltu del tu tuurbay y y y
eltu eltu el tuurbay va y le pre pre pregunta a lani la nidia
mija qq que tennngo enla enla en la cabeza
y lani la nidia le dice
mi mi mierrrrda miji miji mijito
y eltu el tuurbay le di dice
no mi mija a afuera afuera afuera
ja ja ja
es esque el chino me me da mucha rrrisa pe pero con conmigo es bi bien
a a aunque ave a veces sec sec se cree el min el min ministro de la ca camada
por porque va y medi me dice que los dos so so somos i i iguales ja jaj
pe pero yo le di le dije que que no y que no y que no que no
que no so so que no somos i i iguales
y y y no me vo volvió a a ablar ni a rega regalarme lode lo de los o o oliga
oligarcas
y des después me di me dijeron que loa que loa que lo abían es es esnucado
ca ca caga cagada pe pero se loa se lo abrá bus bus buscado po po por
pop o por igua iguala por igualado y cho cho choro

Nos corre la hoguera

Ana María Cárdenas Quimbayo

La noche no le perdonó nada. Canuto apretó los ojos con fuerza deseando no ser cuando despertó y seguía vivo, y el vacío que apresaba su alma también.

Solo después de escuchar cinco veces *Viernes otra vez* logró salir de la cama, se cambió la camisa verde mareada y como cada viernes, corrió para colarse en el transmilenio que lo dejó en Aguas. Poco a poco, sin dejar de caminar, se fue perdiendo entre rostros diluidos en aerosol para olvidar que esperaba. Ese día quería olvidar con más fuerza que esperaba, que seguía esperando; así que sacó un encendedor con una fogata viva pintada y sonrió mientras lo detallaba (como cada vez que lo veía). Lo guardó, sacó con afán el otro encendedor y aspiró tan hondo la pipa que tosió ahogándose y unos pedacitos de yerba se pegaron a su lengua. Caminó a la séptima con afán de no ser visto.

El sol ya no le quemaba la piel, era amigo de las estelas naranjas esparcidas en el cielo. No tenía hambre. Pasó por la esquina de los churros más frescos de Rololandia (según Juliana) y una sonrisa de labios cerrados se anidó en su rostro cuando vio el local abierto. Canuto cerró los ojos para aspirar hondo el vapor caliente que olía a arequipe y a frito una última vez antes de doblar la esquina. *Será mejor comerlos con Juli, sí, a ella le encantará que después de tanto tiempo la haya esperado para besarnos los labios de arequipe. Como cuando me hacía su carita de "quiero más" abriendo la boca mientras posaba su dedo sobre sus labios delineados por diosas del cuidado. Lentamente lamía el arequipe que le escurría por la mano mientras me miraba y se reía de mí, que de verla no podía comer, no me salían palabras. Era única. Por eso lo sigo siendo fiel. Tanto como para seguir viniendo a este malparido chuzo a esperarla, tres años después.*

Canuto sacó la pipa quemada y aspiró hondo, con ganas de olvidar que tenía hambre. Recordó cuando Juliana envolvió entre sus manos el encendedor de fogata

viva como quien quiere proteger al fuego. Canuto sonrió sin darse cuenta. Cientos de palomas picando migajas entre un viento furioso le recordaron que estaba en la plaza. Su panza gruñía, no había desayunado, pero *¡Ese vestido! ¡Juliana tenía un vestido igual! Era literal igualito, azul aguamarina y con el mismo enfilado.* «No existe. No hay lugar que no hayas marcado», pensó Canuto en voz alta mientras se acercaba. Instantes después se percató de la señora y del pequeño público al lado del vestido y buscó un lugar seco para sentarse. La mujer de tez agrietada hablaba con voz dura, pero en el fondo quebrada, mientras sostenía un relicario y una foto grande marchita. A diferencia del vestido de Juliana (o lo que de él recordaba) este era una talla más pequeña y según la mujer, Mercedes, era de una chica llamada Lucía, la de la foto.

“Así ustedes digan que no, yo lo voy a seguir diciendo: este es otro de los vestidos de la mujer más bonita de este país, ¡¡De Lucía!! Es más, de toíticos, este es su favorito: el de las fotos”, siguió la mujer sin dejar de acariciar los pliegues del vestido. “Ella es la luz que llegó a mi vida, y aunque haya dejado de verla me sigue alumbrando”. La mujer junto a Canuto entrelazó sus manos y levantó la mirada. “Señoras y señores, esta chica de la que les he hablado todo este rato no es un personaje inventado, no es parte de una obra; mejor dicho, la obra es Lucía, mi hija, que fue desaparecida por el Estado hace quince años. No les digo esto para que sientan lástima ni mucho menos, sino para que sepan quién es Lucía Vallesteros y, ahora que la conocen, si la ven, le avisen que su mamá viene todos los días a esperarla en la plaza de Bolívar”. Las manos de Canuto acogieron sus lágrimas cuando oyó el silencio sordo que consuela a las almas.

Mercedes se revolvió el cabello rebuscando en su maleta, “¿No tendrán de casualidad candela que me regalen pa' prenderle la veladora?” El corazón de Canuto escapó de su pecho. Miró el encendedor que no se atrevía a usar y lo apretó sin que lo vieran. “¿Nadie?” Canuto le chifló a Mercedes y con afán le regaló el encendedor con el que prendió la veladora y a ojos cerrados ella con su voz ronca cantó *Te regalo*. Canuto caminó hasta que la opresión en el pecho se fue, lloró hasta que la voz de Mercedes dejó de alcanzarlo y con amor se preguntó si todavía quedaban churros.

Arskadevina

Yo solo vendo juguitos

Felipe Rodríguez Enciso

El amarillento y no muy caluroso ambiente abraza la cuadra comercial del barrio. Las dos aceras se encuentran repletas de vendedores ambulantes que intentan sobrevivir el día a día al vender productos conseguidos o hechos por ellos mismos. En la vía central, que siempre se encuentra atiborrada de gente, pasa una que otra moto o bicicleta; se trata de una calle absorbida por los peatones. Es una superficie más para que las personas disfruten de las risas, charlas y los productos de cada una de las casetas. Hoy es domingo, por lo que los vendedores se encuentran muy a gusto; intentan, a su vez, lidiar con el cansancio abrumador. Por suerte, para ellos, es un día con un sol poco agobiante. Es un día fresco, algo opaco, pero sin ser cercano a la previa de un día lluvioso.

Doña Rosa tiene un carrito con el que transporta sus jugos. Por lo general, la mujer vende vasos de mil y dos mil pesos con una buena variedad de sabores, pues pone a disposición del cliente la elección entre jugo de mora, de naranja, de lulo o limonada. Además, su letrero promocional, pegado al carrito, da a entender que se vende tintico y aromática, escrito así por ella misma. Hoy es un buen día para doña Rosa, no tiene mucha competencia, lo que hace que escaseen los malos días; sin embargo, todos sus días son pesados y desgastantes. Ella suele manifestar un dolor en sus oídos, quizá por el excesivo ruido del ambiente, que le cuenta todos los días a don Pedrito, un señor de aproximadamente cincuenta años y vendedor de almojábanas, quien ubica su carrito justo al lado del de doña Rosa.

Le sirve un tinto a don Pedrito, quien se compra a sí mismo un amasijo de los que vende para calmar el hambre del mediodía. Doña Rosa, de tez morena, de altura pequeña y cuerpo delgado, pero aparentemente vigoroso, entrega la bebida caliente a don Pedrito. Voltea al frente para ver a quién atender y se encuentra con la mirada fija de un joven pálido, vestido con una camisa puesta por fuera de un pantalón de dril, de pelo corto y húmedo quizá porque recién

se lo había lavado. El joven transmite calma, nerviosismo y una inquietud particular que complementa con su apariencia oscura. La mujer tiembla un poco, percibió algo que nadie más percibió o que nadie más percibe. El joven pide un jugo de mora de mil pesos, lo toma rápidamente, bebe rápidamente, paga con un billete y se pierde poco a poco entre la multitud.

—Ay, don Pedrito, juré que me habían atracado.

—¿Y eso, Rosa? —don Pedro no trata a nadie con el «don» ni con el «doña»—.

—¿No vio lo que tenía escondido ese muchacho debajo de la camisa?

—No, señora, cómo voy a ver eso. ¿Qué fue, luego? Yo pensaba que era un joven que iba pa'quí, pa'l parque, pa' encontrarse con una señorita, o algo así.

Suena un disparo que calla equipos de sonido y a cualquier niño feliz que gritara cogido de la mano de sus padres. La cuadra queda vacía como nunca en unos pocos segundos. Las personas que quedan hacen un círculo alrededor de algo, algo que ellos mismos cubren.

—¡Jueputa, Pedrito! ¿Sí escuchó? Yo le dije, yo le dije. ¡Dios! ¡¿A quién habrá matado?! —se muestra muy eufórica doña Rosa—.

—¡Uy, Rosa! ¿Qué pasó? ¡Jueputa man a quién le habrá dado. ¡Qué peligro tan malparido!—dijo don Pedro expresando algo de rabia junto a una sensación de sorpresa y frenetismo—.

Doña Rosa y don Pedro abandonan sus puestos. Se unen a un círculo de gente que solo observa, juzga y se aterroriza, pues el gesto de poner la mano sobre la boca o las dos manos sobre la cabeza es cada vez más repetitivo.

Un día después, en horas de la mañana, se acerca al puesto de doña Rosa una mujer vestida de traje, en vestimenta de oficina; una señora de tez blanca, pelo negro, liso y largo; una señora esbelta. Hace bastante calor, la mujer demuestra su incomodidad por llevar tanta prenda en un día tan caluroso. Acomoda constantemente su saco y su camisa, sobre todo para darse algo de aire. La gente, alrededor, intenta actuar normal, como si nada hubiera pasado la tarde anterior; sin embargo, se suelen escapar miradas hacia la zona cubierta por una cinta amarilla. Las personas la miran, la esquivan y pasan derecho como si de un objeto llamativo, pero de poca importancia para ellos, se tratase.

También la venta de jugos no está como doña Rosa esperaba; no cruza mucha gente, y la que cruza fija su atención prácticamente en dos cosas: en el sector delimitado por la cinta y en pasar rápidamente la cuadra para llegar al parque, para llegar a sus casas o para llegar quién sabe a dónde; pero, eso sí, fuera de la cuadra. La mujer toma dos vasos de limonada de dos mil pesos, paga lo correspondiente y se dirige a doña Rosa.

—Disculpe, ¿qué pasó ayer? O, más bien, ¿usted qué vio?

—¿Luego?

—Nada. Curiosidad—contestó con la voz quebrada—.

—Oiga, ¿está bien? —pregunta ligeramente preocupada doña Rosa—.

—Sí, no pasa nada —dice en un tono bajo, con nervios, como si le temiera a algo—.

—Pos no parece.

—Tranquila. Cuénteme sobre ayer, más bien.

—Bueno, pues qué le digo... Lo primero es que pues yo pensaba que me iban a atracar; vea usted que preciso pasó un vientico que le marcó un poco la camisa al muchacho que vino a comprarme un jugo. Gracias a eso vi como un arma, no sé, quizá ya instinto de una que anda como desconfiada de todo, ¿no? El caso es que no estaba segura, pero ya tenía bastante miedo, además de que ese muchachito estaba bien pálido, como desgana'o, y miraba solo a un la'o. Y cuando suena ese balazo, después de que él se fue, ahí sí dijimos con don Pedrito —doña Rosa voltea a mirar al carrito de al lado— que fijo y hecho nos mataron a un colega. Oígame, si hasta tratamos de hijueputa a ese muchacho, ¡virgen santa!, pero yo cómo iba a saber lo que había pasa'o.

Ya después de esa reacción salimos con don Pedrito —otra vez doña Rosa voltea a mirar al puesto de Pedro— para el círculo que formó la gente, pues pa' ver qué había pasa'o, ¿no? Hasta dejamos el puesto bota'o. Pero es que cuando yo logro ver eso ahí rojo, y el cuerpo todavía que parecía vivo, pero con unos ojos fijos y un hueco ahí arriba de la oreja, me entra como una cosa fea al pecho, ¿sabe? Y más sabiendo que le había vendido un juguito hace nada al muchacho ese...

Uy, usted lo hubiera visto. Eso siempre da duro... —hace una leve pausa doña Rosa, suspira, y se ve con intenciones de decir algo más—. Bueno, pos ahí eso es lo que medio yo pude ver. Y de paso le conté lo que sentí, pues ya que entramos en confianza...

—¿Él... le dijo algo? —La mujer se muestra inquieta; pasa constantemente sus manos por su rostro, acomoda sus prendas, habla pausadamente con sus labios humedecidos por una que otra gota que baja desde la parte más superior de su rostro—.

—¿Pero qué iba a decir? Iba pensando era en matarse de una. Nervioso es que estaba.

—Claro... —la mujer apenas puede pasar saliva—.

—Oiga, pero, con todo el respeto, le afectó bastante eso, ¿no?

—¿Eso? —dice la mujer en voz muy baja; la articulación en su boca se complica cada vez más: muestra desesperación, o tristeza, o las dos cuestiones.

—Sí, eso. la muerte, pues. Es que véase, señorita, apenas puede hablar.

—Estoy... bien. ¿Me da otro vaso de limonada, porfa? —intenta alzar la voz. Lo hace, pero le tiembla constantemente—.

—¿Será de mil o de dos mil?

—De dos mil.

—Aquí tiene—le pasa el vaso lleno de líquido verdoso algo ácido y dulce—. Y, bueno, sí, eso le cuento. De pronto por eso hoy está flojo el día, aunque en parte es bueno, porque el dolor de oído a veces me mata. Igual, yo no iba a salir hoy, pero, ya sabe, hasta con la mente en otro la'o toca rebuscárselas pa' llevar algo de comer a la casa.

—Me imagino, claro—pasa el largo y delgado dedo índice de su mano derecha por cada uno de sus ojos, ignorando, a la vez, varias cosas que doña Rosa le comenta—.

—Venga, señorita, sepa disculpar, pero sí me gustaría preguntarle algo. ¿Tenía usted relación alguna con el joven?

—Mmmm... —se queda un rato pensando y agacha su cabeza—. Recuerdo que vestía de negro, con su camisa arremangada y sin colocarla adentro del pantalón también negro. Yo no tenía ni tengo idea de dónde sacó el arma. Yo escuché desde la sala que se bañó, y al momentico vi que salió con sus pelos mojados. Esa fue la última vez en la que le vi el rostro limpio. Yo soy su madre, señora.

—Ay, puta —dice doña Rosa intentando murmurar para que no se distingan los sonidos mientras se agacha simulando que recoge algo, sin intenciones de que la mujer escuche—. Lo siento, discúlpeme. Tenga mis condolencias. Sabrá que yo no sé de muchas cosas; quizá soy imprudente, pues véame aquí intentando quitarme de la mula el impacto de ayer pa' poder vender, pues solo hago eso. Yo no sé de mucho, yo solo chimoseo y vendo juguitos.

La mujer le da a entender a doña Rosa que se despreocupe, paga lo que debe y se aleja rápidamente del carrito de ventas. Doña Rosa se queda mirándola, se rasca la cabeza y se queda pensando en la mujer, en el joven y en la familia, en general. De un momento a otro, la irrumpe inmediatamente un hombre con su aparente esposa y su único hijo. Se paran en frente del carrito, el hombre se dirige a ella:

—¿Me regala tres grandes de naranja, por favor?

Phoenix
Literatura, Arte y Cultura

Las mieles de la libertad

Catalina Hernández Guana

Tan razonable como representar una prisión de cierto género por otra diferente es representar algo que existe realmente por algo que no existe.

Daniel Defoe.

Otra vez, otra vez los haces de luz que burlan los barrotes, interrumpen el sueño. Otra vez, en un pequeño espacio de dos por dos, de paredes húmedas. Otra vez atrapado en un cubo, donde los días se repiten, otra vez, otra vez. ¡Cómo es esto posible!

En el inquilinato, mi pieza es la última de un corredor de baldosas rojas. Desesperada por el encierro, la dueña de la casa, una anciana solterona, encera y brilla el piso dos veces por día, todo apesta a petróleo.

Cuando abro la puerta de mi pieza, me encuentro a la izquierda con un gran lavadero; por lo general, siempre hay mujeres que azotan pantalones contra la piedra o beben una taza de café, mientras murmuran los chismes matutinos. Aunque hasta los chismes han empezado a desgastarse, nada nuevo ocurre. También hay niños que aprovechan la distracción de las madres, sacan agua de la alberca y llenan los platones para jugar con barquitos de papel, carritos y soldaditos de plástico.

Hay un hombre que pasa las horas en una mecedora de mimbre; su mirada perdida apunta el cielo y siempre tiene en las manos un bolígrafo y un libro de crucigramas y sopas de letras. Algunos en el inquilinato usan tapabocas, pero les cubren más el mentón que la boca.

El patio principal de la casa parece un exhibidor de plantas; varias materas cuelgan de los techos y otras más son obstáculos para las carreras de los niños cuando juegan.

En su tedio por lo predecible de los días, la solterona, además de brillar el piso y el culo de las ollas con jabón Rey sobre el lavadero, está todo el tiempo regando las plantas, más bien ahogándolas, algunas ya empiezan a morir.

Las escaleras de madera crujen con cada paso; en su desesperación, los inquilinos suben y bajan tantas veces a la terraza que los escalones permanecen en un constante llanto. “En algún punto se tendrán que acostumbrar”, pienso.

En el patio, hay un zapatero que trabaja en una esquina martillando suelas, cambiando tacones y lustrando zapatos, porque en cualquier momento, dice, dejan abrir el negocio. Con la misma expectativa, su hijo lo acompaña, mientras repara una y otra vez su vieja y destartada bicicleta para empezar a hacer domicilios. En la cocina común, una mujer pasa allí gran parte del día, prepara empanadas para vender puerta a puerta y ganar algo de dinero: del virus quizá se pueda huir; del hambre no.

Pasé cinco años y sesenta y tres días “modelando”. Cuando se abrió el gran portón, tenía una maleta vieja con pocas prendas; había regalado la mayoría a mis compañeros de celda. Pensaba que de la cárcel llevaría solo los recuerdos, un par de cicatrices, una guitarra vieja que gané en un concurso y unas cuantas cartas que no pude entregar.

En una de las celdas, había un televisor. Como monos colgados tras las rejas de un zoológico, varios de los presos pasábamos las mañanas ante la pantalla. Semanas antes de salir a la “libertad”, esa pequeña caja de colores fue la primera en decirme algo sobre una enfermedad contagiosa que había iniciado en China.

Mientras esperaba, los trámites para legalizar mi salida se hacían eternos; firmé decenas de papeles y los sellé con mis huellas digitales.

Un guardia del Inpec, con una ofensiva mueca de burla, me pasó la orden de salida:

—Ya puede irse a disfrutar las mieles de la libertad.

Antes de cruzar la puerta, otro guardia me requisó; yo me reí en su cara:

—¡Como si hubiera algo valioso que se pudiera sacar de aquí!

Caminé durante horas por las calles; algunas zonas de la ciudad me sorprendían, era como si las recorriera por primera vez. El sol había caído cuando me subí al bus para llegar al inquilinato que me recomendó la tía Rosaura, la única que aún me hablaba desde que me condenaron.

La última vez que me subí en un bus, el pasaje costaba \$1.100; ahora debí pagar \$700 más. En el transporte, todas las personas se alejaban de mí. ¿Había algo que les hiciera pensar que hacía unos minutos era un preso? ¿Por eso se alejaban?

Cuando el bus esperaba un cambio de semáforo, un joven vendedor saltó la registradora con una caja de tapabocas y me ofreció uno.

—Se lo regalo, parce, todo bien —me dijo—. Tenemos que empezar a cuidarnos.

Hasta aquel instante solo pensaba en la ciudad y su caos; pero entonces entendí por qué todos me rehuían. Había olvidado las noticias de hacía unas semanas.

En la casa, volví a bañarme solo. Ya ni recordaba aquel placer: el agua helada que resbalaba sobre la piel y contraía mis músculos y sin que hubiera alrededor ojos acechantes y cuerpos temerosos.

Al salir, atravesé el patio esquivando las plantas que colgaban del techo y la ropa tendida en las cuerdas de los inquilinos; dormí durante horas hasta pasado el mediodía. Los gritos de los niños que jugaban me volvieron a la realidad.

Una semana después de mi salida, decretaron cuarentena obligatoria: los casos de contagio aumentaban más y más. “¡No es posible que otra vez caiga en un encierro!”, pensaba. Aquellos primeros días no tenía razones para salir, ni plata para comprar comida, ni un perro que necesitara pasear, ni ánimo para hacer ejercicio.

—¿Qué hago para salir! —me preguntaba.

Luego, con la excusa de proteger a la anciana dueña de la casa, me ofrecí a hacer el mercado; en realidad, solo quería salir; más que escapar del encierro, necesitaba un poco de soledad. En el inquilinato el silencio siempre ausente aturdía mi nueva libertad.

Notaba que, en cambio, la mayoría de los inquilinos le temía a eso, al silencio. Gritaban que no aguantaban un día más de encierro. ¡Ja! ¡Si en verdad supieran qué es vivir encerrados!

Todos siempre encontraban un pretexto para estar acompañados, incluso del ruido: vallenato en la terraza, conversaciones sin destino, gritos de niños,

dados que golpeaban el cristal de los tableros de parqués, carcajadas y llanto, el silbido intermitente de unos pájaros enjaulados, titulares en los noticieros: “¡Primer pico de la pandemia!”. “¡Hoy, día con la mayor cifra de muertos!”. “¡Amplían las restricciones en la ciudad!”.

Por mi parte, huía de todo aquel alboroto parándome en la entrada de la casa, a disfrutar la aspiración y la exhalación del humo de los cigarrillos y el olor de la nicotina que impregnaba mis dedos.

Mi rutina de soledad se completaba con fumar una cajetilla diaria e ir a la plaza por el mercado, tres veces por semana, a veces solo dos, porque según la dueña de la casa, los inquilinos habían dejado de pagar el arriendo con regularidad y el dinero empezaba a escasear.

Ahora, cuando inicia el toque de queda, debo entrar en mi celda, ya no de concreto, sino de ladrillo. Otra vez en un pequeño espacio de dos por dos. Otra vez, los días se repiten. Otra vez, pasan las noches sin ningún sentido, otra vez la reiteración de los momentos. Otra vez, en mi guitarra, las mismas notas desafinadas.

¡No puedo respirar! La garganta seca se está cerrando. ¡Los helicópteros sobrevuelan mi celda! ¡Las alarmas se activan! Luces rojas iluminan la celda, ¡no puedo moverme! ¿Otra vez un motín? ¡Se escucha el pasar de los bolillos sobre los barrotes!

—¡Filas! —gritan los guardias—. ¡Formen filas! ¡Filas!

Sobresaltado y taquicárdico me siento en el borde del camastro y me ahogo un vaso de agua de un solo sorbo. No hay un motín, es el helicóptero vigilante que sobrevuela la ciudad para advertir a los ciudadanos que deben permanecer en casa y respetar la cuarentena obligatoria para proteger la vida.

—¿Proteger la vida? —me pregunto.

ENSAYO



Imagen: *Hombre sin rostro*, Lucía Valentina Rayo Rodríguez, 2022

El extraño caso del *mainstream* del superhéroe moderno

Juan Nicolás Galindo Mantilla

No quiero matar a nadie. No me gustan los matones.

Capitán América: el primer Vengador.

Cuando miro a mi alrededor, ¿sabes lo que veo? Perdedores.

Guardianes de la Galaxia.

Nunca juzgo a las personas por sus peores errores.

Avengers: Endgame.

Somos una pareja inusual, ¿sabes?

Wandavision.

Las palabras son una cosa preciosamente frustrante. Como si fueran personajes de Proust, cambian cada vez que me las encuentro. Por ejemplo, la palabra *mainstream*, prevalente como lo que oficialmente representa, tiene para mí dos significados. Al principio, me imagino un “río principal”, aprovechándome de que *stream* significa río en algunos casos. El “río principal” es un concepto hermoso, ya que se alimenta de todos los ríos de la cultura y es de libre acceso para todos. Sin embargo, rápidamente la palabra cambia y se vuelve algo mucho menos orgánico, un flujo de información que aplasta toda diferencia, inescapable, excluyente de todo lo marginal y específicamente calculado por la industria cultural. Nunca he podido reconciliar estas dos imágenes y no es mi objetivo hacerlo aquí.

Cuando pienso en el *mainstream* de manera más detenida, también termino pensando en su idea hermana: el *underground*. Un día llegué a la idea, nada original para el mundo, pero revolucionaria para mí, de que *mainstream-underground* es otra manera de decir centro-periferia. Lo que pasa cuando se ponen dos palabras complejísimas a ambos lados de un guion, una especie de muralla ortográfica, es que los dos conceptos empiezan a

parecer opuestos cuando en realidad no puede haber un centro sin la periferia que lo rodea, así como cuando se dibuja un cuadrado se dibujan las márgenes y no el área interna. En realidad, siento que el verdadero *mainstream* es muy complicado, una serie contradictoria de experiencias culturales que exaltan las ideologías dominantes, pero que también intentan rescatar las voces de la periferia. Algo que combina la esperanza ingenua en el sistema cultural y el rechazo acérrimo de la industria del entretenimiento, dos cosas aparentemente irreconciliables. No creo tener el poder metafórico para ejemplificar la verdadera complejidad del problema.

Lo necesario en este caso es, realmente, mirar de frente el centro cultural y ver qué de él es periférico, por más contradictorio que suene esa tarea. Y aquí propongo mi lectura de lo que pareciera ser la más *mainstream* de todas las propiedades de la industria cultural de Hollywood, el *Universo Cinematográfico de Marvel* (u.c.m.).

Marvel siempre ha sido una mezcla rara de centro y periferia. En realidad, creo que cuando estas historias estaban en sus inicios, fueron una especie de periferia que se apropiaba de, y utilizaba abiertamente, las ideologías del centro. Durante la depresión que siguió a la caída de la bolsa de 1929, durante las vivencias de la Guerra Fría y durante la Segunda Guerra Mundial, los artistas de cómics crearon superhéroes que buscaban “defender al hombre pequeño”, “traer justicia y paz a todos los seres humanos” y “derrotar al mal”. Los héroes siempre traen Justicia, siempre garantizan Libertad y siempre aseguran el Bien. Todos estos conceptos son, por lo menos en las primeras épocas, merecedores de mayúsculas. Es genuinamente bella la cantidad de esperanza de los escritores e ilustradores de cómics en sus inicios sobre, no solo la posibilidad, sino también la indudable eventualidad de estos ideales. Sin embargo, ya se ha hablado a más no poder, y por gente mucho más elocuente que yo, sobre cómo estos ideales promovieron en su momento las políticas expansionistas del gobierno estadounidense de manera bastante directa. Hay algo muy interesante al observar un idealismo casi puro que se muestra de la mano de las consecuencias que tal ingenuidad siempre genera.

No obstante, el Marvel de los cómics nunca llegó al *mainstream*, no realmente. Lo que llegó al *mainstream* fueron los superhéroes mismos, más no las historias que de ellos se contaban. El verdadero auge del superhéroe moderno empezó en 2008, año en que Marvel Studios estrenó la primera película del u.c.m., *Iron Man*. También fue el año en el que Warner estrenó *The Dark Knight*, pero el proyecto de universo de D.C. sigue siendo una fantasía más que una realidad coherente. Marvel Studios continuó estrenando películas como *Thor* y *Capitán América: el primer Vengador*, hasta que, en 2012, lograron lo impensable, dieron al mundo *Los Vengadores*. ¡Lo habían logrado! Un universo cinematográfico que, a través de múltiples historias distintas y de la mano de varios personajes icónicos, contaría una megahistoria a una escala nunca antes vista. O por lo menos así lo vendieron. Escribiendo desde 2022, no sé si decir que lo lograron. Supongo que desde el punto de vista comercial sí lo han hecho; Marvel ha producido

exitosamente más de treinta y cinco historias de superhéroes y han adquirido una legión de fans incansables, entre los que yo me encuentro (por si eso vale de algo), ganando en el proceso miles de millones de dólares.

Aun así, sigo sin saber decir qué tan valioso es Marvel, artística o moralmente. Porque Marvel también ha llegado a representar la industria cultural en sus momentos más exitosos, lo cual no es algo positivo. El objetivo de una película de superhéroes moderna no es el arte, es el capital. Tampoco es que sean historias revolucionarias; precisamente son adaptaciones de cómics, que a su vez se alimentaron de las características más básicas de ficciones medievales como los libros de caballerías y de ficciones decimonónicas de folletín como las aventuras de Sherlock Holmes. Moralmente siguen exaltando ciertas narrativas de excepcionalismo americano y de idealismo ingenuo. ¿Qué hacer con todo esto?

La verdad es que ya estaba listo para decidirme por decir que el u.c.m. era ese epítome totalmente inorgánico y central del *mainstream*, totalmente excluyente de toda periferia, de toda marginalidad. Y, como toda cuasidecisión que uno hace sobre temas aparentemente inconsecuentes, me di cuenta de que estaba a punto de equivocarme. Porque el u.c.m. no es que sea verdaderamente excluyente de cualquier marginalidad. Entre más se miran de cerca las historias que Marvel cuenta, más conversaciones típicas de la marginalidad surgen, lo cual es sorprendente, o para mí lo fue. Voy a tratar de exponer un par de ellas, aunque con cualquier cosa de Marvel este intento solo puede ser parcial y confuso, por lo que me disculpo desde ya.

La historia de Wanda Maximoff empieza en Sokovia (una nación ficticia del este de Europa aquejada por la pobreza que... [pues para explicar eso tendría que hablar de lo que pasa con H.Y.D.R.A. y eso es todo un asunto que llega hasta la Segunda Guerra Mundial]... Tal vez lo importante aquí es que son una nación en la periferia del mundo occidental y que son pobres específicamente por los conflictos del Occidente). Wanda es una huérfana que, con su hermano Pietro, acepta que experimenten con ellos usando una gema del infinito (ni siquiera lo voy a intentar). De esta experimentación surgen superpoderes que ella y su hermano usan originalmente para ayudar a un villano y luego para destruirlo en una batalla en la que Pietro muere. Después de esto ella se une a los Vengadores, en donde se acerca emocionalmente a Vision, un androide creado con la misma gema que le dio sus poderes a ella, de quien se enamora. Durante otro conflicto que tiene las probabilidades de acabar con el mundo, Wanda tiene que matar a Vision para que Thanos (si no intenté explicar el último término raro, ni me quisiera acercar a este) no lo mate primero, lo cual falla, por lo que tiene que ver cómo su amado muere dos veces en frente de ella, una de esas veces por su propia mano. En *Wandavision* (2021) vemos las consecuencias de toda la pena interna y el rechazo que ha sufrido Wanda, y experimentamos su dolor, a su lado, de cerca, permitiendo una de las exploraciones más emocionales de un personaje que se han dado en el u.c.m. Y pues, luego pierde a unos hijos creados por arte de magia durante esa serie y casi destruye el multiverso para recuperarlos (la historia no resumida es igual de rara).

Lo que me interesa de Wanda, más allá de las especificidades de su historia, es que ella es un ejemplo muy bueno de una experiencia de la marginalidad que se ve representada en el *mainstream* que es el u.c.m. Por un lado, su personaje es una especie de apropiación de la Europa del este que se ve dominada y destruida por los conflictos de un occidente mucho más poderoso. Por el otro lado, y tal vez de manera mucho más prominente, Wanda es un personaje femenino complejo, de quien se nos permite ver su dolor de manera empática, profunda y sentimental. No es precisamente un secreto que a la mujer se la ha ignorado históricamente en cuanto a su pena. *Wandavision*, la serie en la que se nos muestra el proceso psicológico de Wanda, es una exploración de las comedias estadounidenses de diferentes décadas en la que el conflicto central se genera al ser Wanda diferente, incluso demoniacamente diferente, de sus vecinos perfectos. Obviamente que una parte de la diferencia es el hecho de que Wanda es una persona con poderes, pero otra cosa que la separa de sus vecinos es el hecho de que es una mujer que sufre desesperadamente y que no sabe cómo lidiar con esos sentimientos, hasta el punto de usar sus poderes para tratar de simular esa misma vida perfecta que ha sido el estándar de la vida estadounidense. *Wandavision* es, entonces, una mirada desde el *mainstream* de los superhéroes que examina cómo el *mainstream* de la comedia estadounidense afecta la marginal existencia de la mujer que sufre.

Pantera Negra (2018) es otro muy buen ejemplo de cómo el u.c.m. incluye en sus historias elementos sacados de la marginalidad, e incluso me aventuraría a decir que es el mejor ejemplo de este fenómeno. El conflicto de la película gira alrededor de T'Challa, que es el superhéroe Pantera Negra, pero también el líder de una nación africana, llamada Wakanda, que se ha escondido del mundo para no compartir sus abundantes recursos, y su lucha con Killmonger, un primo suyo que creció pobre en Estados Unidos y que opina que los recursos de Wakanda deberían ser compartidos con las personas negras de todo el mundo. Al final de la película, T'Challa logra derrotar a Killmonger, pero se da cuenta de que todo lo que él decía era cierto y, como consecuencia, decide abrir las fronteras de Wakanda. Esta película es, tal vez, la mejor de las de Marvel. Aquí tenemos conversaciones sobre la identidad negra y hasta qué punto las fronteras o la familia son más o menos importantes que ella; sobre la disparidad económica y la moralidad de la acumulación de capital que podría estar ayudando a otras personas alrededor del mundo; sobre lo que significa el poder soberano de un rey o de cualquier otro gobernante, entre algunas otras. Sobra decir que todas estas conversaciones salen directamente de la marginalidad racial.

Son muchas las historias de Marvel que, de manera exitosa o fallida y en diferentes magnitudes, incorporan elementos sacados de las historias e ideas de la periferia marginal para estructurar el desarrollo de sus personajes: *Guardianes de la Galaxia* (2014) es una historia sobre rechazados sociales que se ven agrupados por el azar y la sed de recompensa; *Ant-man* (2015) considera la vida de un preso después de salir de la cárcel; *Black Widow* (2021) explora los efectos del tráfico de niñas y mujeres en la psicología de las supervivientes; *The*

Falcon and the Winter Soldier (2021) lidia con las realidades de ser negro en Estados Unidos; *Ms. Marvel* (2022) habla de las experiencias de familias musulmanas emigrantes. Estos son solo algunos de los ejemplos.

No sé muy bien qué conclusiones sacar de todo esto. Cualquier esbozo de conclusión sigue resultando bastante contradictorio. Por un lado, es cierto lo que muchos han dicho como crítica a estas inclusiones de lo marginal en el *mainstream* del superhéroe moderno: que es mera estrategia para vender más entradas de cine; que los ejemplos de marginalidad nunca van a ser lo suficientemente “auténticos”; que estas conversaciones sobre lo marginal nunca van a ser verdaderamente críticas. Además, siempre va a estar el problema de que las películas del u.c.m. nunca van a dejar de exaltar muchos de los valores que los cómics exaltaban sin ningún atisbo de crítica. Por otro lado, muchos han celebrado la inclusión de estas conversaciones sobre marginalidad, felicitando al equipo creativo de Marvel por “atreverse” a contar este tipo de historias. Y es que no se puede negar que el acercamiento de muchas personas a cualquier tipo de “arte” es a través de este tipo de películas del *mainstream* superheróico.

En realidad, creo que la verdad no está en la mirada esperanzadora, aunque ingenua, o en las consideraciones más realistas, aunque desoladoras emocionalmente, no está en la imagen del *mainstream* como algo orgánico y disponible para todos, como el “río principal”, o en la imagen del *mainstream* como un flujo de información aplastante y excluyente. El verdadero *mainstream*, o por lo menos el *mainstream* del superhéroe moderno, es un extraño caso en el que el centro y la periferia, en el que lo marginal y lo socialmente aceptable, están en una relación conflictiva y contradictoria que siempre es bastante evidente. A fin de cuentas, hay periferia en el centro más excluyente y marginalidad en el *mainstream* más prominente. Es complicado y yo no lo voy a resolver aquí.

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura

El número 19 de Phoenix. Literatura, Arte y Cultura
se terminó de producir en las instalaciones del
Programa de Gestión de Proyectos de
la Universidad Nacional de Colombia
en diciembre del 2022

Phoenix

Literatura, Arte y Cultura